

V. M. FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO Y GUEVARA.

La notabilísima escritora con quien iniciamos la galería de poetisas colombianas no hizo otra composición en verso que la que va en seguida, que sepamos. Para dar una noticia completa de la autora, tomamos la que trae Vergara y Vergara en su Historia de la Literatura:

"Doña Francisca Josefa del Castillo y Guevara, de noble familia, nació en Tunja el 6 de Octubre de 1671. Entró á la religión y monasterio de Santa Clara, en Tunja, el año de 1689, y murió en el de 1742. Era desde su niñez de constitución raquítica y enfermiza; creyóse que no viviría, pero se engañaron las previsiones humanas. Cuando llegó á la juventud, juzgando que debía la milagrosa conservación de su vida á la bondad de Dios, determinó ofrecérsela. Sus compañeras de monasterio se la hicieron amarga, teniéndola por visionaria y soberbia, y tratándola como á tal. Sus confesores repararon en su alta inteligencia y sólida virtud y le previnieron que escribiese sus sentimientos y la relación de su vida. Obedeció el mandato; y en cuadernos que iba escribiendo y remitiendo á su confesor para que los examinase, formó insensiblemente dos buenas obras que, recogidas después por sus parientes, se dieron á luz, la primera en 1817 en Filadelfia, con el título de *Vida de la Venerable madre Francisca Josefa de la Concepción, escrita por ella*; y la segunda en Bogotá, año de 1843, con el nombre de Sentimientos espirituales de la V. M. Francisca Josefa &c.

«En su niñez leyó libros de comedias, y después en el convento leyó las obras de Santa Teresa: hé aquí toda su educación literaria; ni es posible creer que recibiese otra mejor, si se atiende á que una de las circunstancias de su vida fué la de que vivió valetudinaria y siempre contrariada, primero por su familia, y luégo por sus compañeras de convento. Todo esto le impedía hacer estudios ajenos á su salud, sexo y destino; ajenos á la educación que se daba entonces á las mujeres, y más ajenos aún á la época en que existió la Venerable Madre. ¿Dónde pudo aprender á manejar con tanta soltura el idioma, dónde adquirió ese purísimo estilo? Sin duda suplió por el estudio su alta inteligencia y su ardiente inspiración ascética. Tuvo como todas las inteligencias superiores el don de aprender mucho en poca lectura, absorbiendo rápida y poderosamente las bellezas que en los pocos libros que leyó encontrara. Agrégase á esto el maravilloso conocimiento que tuvo de las Escrituras, poseyéndolas en tan alto grado, aunque ignoraba el latín, único idioma en que podía leerlas, que sus obras no son solamente un tratado de doctrina ortodoxa, sino que sus frases están compuestas de frases de la Biblia, usadas como lenguaje familiar y habitual. Prueba de esto es su obra de los *Sentimientos espirituales*. Pasáronla en comisión sus herederos y editores al doctor Miguel Tobar, y este distinguido literato marcó con notas todas las frases tomadas de la Biblia, por cuyas citas se ve que la monja habla hecho del lenguaje sagrado el suyo propio. La Madre Castillo es el escritor más notable que poseemos : su estilo y su lenguaje la colocan al lado de Santa Teresa de Jesús, y hasta en las peripecias de su vida le fué parecida»

DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR,

EN EL CORAZÓN DE LA CRIATURA Y EN LAS AGONÍAS DEL
HUERTO.

El habla delicada
Del amante que estimo,
Miel y leche destila
Entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra
Corta como rocío,
Y con ella florece
El corazón marchito.

Tan suave se introduce
Su delicado silbo,
Que duda el corazón
Si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade,
Que cual fuego encendido
Derrite como cera
Los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
Es su aliento divino,
Que resucita muertos,
Y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
Se percibe al oído,
Que alegra de los huesos
Aun lo más escondido.

Al monte de la mirra
He de hacer mi camino,
Con tan ligeros pasos,
Que iguale al cervatillo.

Mas ¡ ay Dios! que mi amado
Al huerto ha descendido,
Y como árbol de mirra
Suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,
Apretado racimo
De las viñas de Engadi,
El amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
Aunque ella es oro fino,
Difusamente baja
De penas á un abismo.

El rigor de la noche
Le da el color sombrío,
Y gotas de su hielo
Le llenan de rocío.

¿ Quién pudo hacer ¡ay cielo!
Temer á mi querido?
Que huye el aliento y queda
En un mortal deliquio.

Rojas las azucenas
De sus labios divinos,
Mirra amarga destilan
En su color marchitos.

Huye aquilo, ven austro
Sopla en el huerto mío,
Las eras de las flores
Den su olor escogido.

Sopla más favorable
Amado ventecillo,
Den su olor las aromas,
Las rosas y los lirios.

Mas ¡ ay! que si sus luces
De fuego y llamas hizo,
Hará dejar su aliento
El corazón herido.

Índice de autores

Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO